

INTRODUCCIÓN

LOS HOMBRES FENICIOS

J. Á. ZAMORA

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas del siglo pasado, unas cuantas obras, de título ya elocuente, hicieron popular una aproximación característica cuyo éxito se extiende hasta nuestros días. Diferentes entre sí pero fruto de una misma y larga corriente, hacían del hombre o los hombres de una determinada época o cultura el objeto principal de su estudio, mediante la presentación de diferentes perfiles, tipos o personajes. El juego de la mayor o menor representatividad y abstracción invitaba con facilidad, además, a la reflexión de método. Se profundizaba así en el conocimiento general de cada especialidad, pero también se trascendía la mera discusión particular llevando el debate desde la metodología del trabajo histórico hasta la misma esencia de su objeto de estudio.

Los hombres (esto es, los seres humanos) de numerosos periodos y civilizaciones se presentaron al lector en libros que, de la forma expuesta o de alguna similar, incorporaban también al estudio métodos o aproximaciones que iban desde el mero corte antro-

pológico a la psicología social o a la historia de las mentalidades¹.

LOS ESTUDIOS FENICIOS

Por desgracia, difícilmente podían los hombres fenicios figurar entre los elegidos. Hasta casi aquellos años, la investigación sobre el pasado fenicio, que podía presumir de más de tres siglos de antigüedad entre estudiosos de diversas materias², no comenzó a configurarse como una verdadera especialidad, consciente de su especificidad y abierta a nuevos caminos. Una especialidad peculiar, en la que se veía implicada una larga variedad de investigadores, en obligada correspondencia con la gran diversidad presentada por las fuentes, textuales o arqueológicas, semíticas o clásicas, extendidas desde el Oriente mediterráneo hasta el Atlántico a lo largo de más de un milenio. Este carácter, que explica la antigua dispersión de los estudios y a menudo pone aún en duda su propia entidad, sólo pudo salvarse mediante el acercamiento interdisciplinar. La interdisciplinariedad se plasmó en reuniones y congresos internacionales de nuevo cuño³, origen de obras a las que pronto acompañarían nuevas publicaciones, individuales o colectivas, mo-

¹ Son quizá los publicados en la editorial Laterza los más cercanos al modelo descrito. Cf. p. ej. los dedicados a la antigüedad: A. Giardina (ed.), *L'uomo romano*, Roma – Bari 1989; S. Donadoni (ed.), *L'uomo egiziano*, Roma – Bari 1990; J.-P. Vernant (ed.), *L'uomo greco*, Roma – Bari 1991. Libros algo diversos, pero que sitúan igualmente en primer término al hombre –o su relación directa con un tema o problema más abstracto– abundan contemporáneamente, e incluso con anterioridad, en otras editoriales, como la francesa *Hachette*, cuya serie “le temps et les hommes” habla por sí misma. (En esta sede, de nuevo entre las obras dedicadas a la Historia Antigua, se publicó el influyente M. Meslin, *L'homme romain: des origines au 1er siècle de notre ère. Essai d'anthropologie*, Paris 1978, en el que el papel de la antropología, de forma casi etnológica, se separaba de los estudios sobre vida cotidiana para orientarse decididamente hacia la historia de las mentalidades). Es también notable la proliferación de versiones y traducciones de todos estos trabajos (cf. p. ej. para España la serie “El hombre europeo” de la editorial Alianza).

² Suele tomarse la *Geographia Sacra* de S. Brochart (Cadomi 1646, cuya segunda parte se titulaba *Chanaan, seu De coloniis et sermone Phoenicum*) como el punto de partida de la larga maduración de los estudios, cf. p. ej. E. Lipiński, “Études phénico-puniques”, in *DCPP*, p. 164.

³ El Ier *Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* se celebró en Roma en el año 1979, consolidándose con la celebración del II (igualmente en Roma, 1987), III (Túnez, 1991), IV (Cádiz, 1995) y, recientemente, V (Marsala-Palermo, 2000). Sus actas (Cf. *ACIFP* I, II, III y IV) son fiel reflejo de este ambiente. También a principios de los ochenta se inician los coloquios del *Groupe de contact inter-universitaire d'études phéniciennes et puniques*, que dieron lugar a la serie *Studia Phoenicia* (1-2, 1983; 3, 1985; 4, 1986; 5, 1987, etc., hasta la actualidad). Obras como Cl. Baurain – C. Bonnet – V. Krings (eds.), *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée*, Namur 1991 nacieron también de encuentros dentro del mismo ambiente.

nográficas y periódicas⁴. De igual modo, algunas grandes exposiciones internacionales y muchas otras locales popularizaron la cultura fenicia entre el público, subrayando su identidad propia⁵.

Nacieron, también, grupos de trabajo con respaldo institucional, reflejo del desarrollo de la investigación e impulsores de ella. Algunos, que habían sido pioneros, se convirtieron en centros de referencia, como el *Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica* de Roma⁶. En otros centros de investigación ya consolidados fueron surgiendo con el tiempo grupos o líneas de trabajo relacionadas con la feniciística, o acercamientos a la especialidad que enriquecieron otros estudios.

EL ORIGEN Y PROPÓSITO DEL LIBRO

Dentro de esta última y saludable tendencia quiete nacer este libro. La *Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma* (CSIC), que ya había organizado algunos seminarios sobre la materia (precisamente en colaboración con el *Istituto per la Civiltà Fenicia*) quiso también incluir en su serie arqueológica un volumen con el que contribuir a la investigación sobre el mundo fenicio y púnico. Un volumen que, además, reflejara uno de los más importantes objetivos de la *Escuela*: facilitar la colaboración internacional, entre investigadores españoles e italianos, y entre éstos y el resto de la comunidad científica.

Surgió así la idea de intentar incorporar

los estudios fenicios a un tipo de trabajo fructífero y todavía vigente, aunque no fácilmente aplicable dentro de una especialidad con las características de la fenicio-púnica. Exponíamos anteriormente la diversidad de las fuentes, cuya amplitud espacial y temporal, sus lagunas y dificultades, su fuerte condicionamiento, su naturaleza ampliamente indirecta, marcaban las investigaciones. Frente a la madurez de otros estudios, problemas y retrasos dificultaban la participación de los especialistas en nuevas corrientes y métodos interpretativos. Una obra cerrada y homogénea, cuyas categorías fueran expuestas de forma acabada y completa, corría el riesgo de resultar, o bien exageradamente vaga, o bien excesivamente hipotética.

Sin embargo, anteponiendo la utilidad a la simple imitación de los precedentes, el intento podía merecer la pena. La incorporación de una nueva metodología (algo siempre difícil en especialidades con previos problemas documentales) podía servir para señalar, y en algunos casos quizás superar, los límites existentes. La mera propuesta podría constituir un ejercicio heurístico fecundo. Con este objetivo se decidió reunir una amplia lista de contribuciones que, de formas diversas, de acuerdo a las posibilidades del trabajo, acometieran el estudio de una serie de figuras características del mundo fenicio-púnico. Una serie de estudios que construyeran —o proporcionaran la información necesaria para construir— la serie de tipos o personajes que, a su vez, permitiera al lector fabricarse una nueva imagen de «el hombre fenicio».

⁴ De esta misma época o poco posteriores son obras que marcaron puntos de inflexión en su campo (cf. p. ej. M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona 1987), algunas síntesis y manuales muy conocidos (cf. p. ej. M. Gras – P. Rouillard – J. Teixidor, *L'univers phénicien*, Paris 1989 o C. Baurain – C. Bonnet, *Les Phéniciens: marins des trois continents*, Paris 1992) y algunas obras de referencia (cf. p. ej. los dos diccionarios temáticos más comunes, E. Lipiński (ed.), *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique* (=DCPP), Turnhout 1992 y M. G. Amadasi Guzzo – C. Bonnet – S. M. Cecchini – P. Xella, *Dizionario della civiltà fenicia* (=DCF), Roma 1992). En esos años nació también el proyecto de V. Krings (ed.), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche* (=CPPMR), publicado finalmente en Leiden en 1995. Sobre las revistas, cf. *infra*.

⁵ La exposición sin duda más famosa de entre las organizadas en aquellos años fue la celebrada en Venecia en 1988 (cf. el catálogo original: S. Moscati (ed.), *I Fenici*, Milano 1988, a su vez muy influyente). No fue sin embargo la única (cf. ya *Les Phéniciens et le monde méditerranéen*, 1986, catálogo de la exposición del mismo nombre).

⁶ Perteneciente al *Consiglio Nazionale delle Ricerche* (CNR). Añadió a su nombre, en su última etapa, el de su impulsor, Sabatino Moscati. Hoy es parte del *Istituto di Studi sulle Civiltà Italiane e del Mediterraneo Antico* (dirigido por el prof. Francesco Roncalli). El instituto edita, desde 1972, la *Rivista di Studi Fenici*, además de sus series monográficas. De modo similar, el nacimiento posterior de otros centros añadió nuevas publicaciones periódicas (así p. ej. el *Centre d'études phéniciennes-puniques et des antiquités libyques* edita en Túnez desde principios de los años ochenta la revista *REPPAL*).

Se asumió que, tanto en la lista de capítulos como dentro de cada contribución, serían inevitables elecciones y renunciaciones. Conscientes de los problemas citados anteriormente, se dio a los autores la máxima libertad posible sobre la forma de estructurar, articular y presentar cada contribución. En general, se abrían dos posibilidades básicas: Por un lado, la presentación «personalizada» de la síntesis documental; esto es, la construcción directa de la figura o figuras (arquetípicas o incluso reales) objeto de estudio, que intentase responder a las preguntas básicas que tal (re)construcción planteara o se limitase a presentar las respuestas que la documentación proporcionara. Por otro lado, la exposición tradicional («indirecta») de los datos que, de forma más o menos abstracta, sirviera al mismo efecto, o que permitiera al menos definir el marco y condiciones de existencia, o la existencia misma, de los hombres estudiados. Dentro de cada opción, a su vez, las posibilidades eran múltiples. En un extremo, el discurso «personalizado» podía, en beneficio de un mejor dibujo de los personajes tratados, cobrar formas más o menos literarias, incluso en primera persona. El discurso «indirecto» podía, por su parte, acometer la síntesis con una mayor o menor distancia formal —reflejo de la habitual e inevitable distancia metodológica—, con diferentes grados de abstracción que, en el extremo opuesto a la construcción narrativa, podía ceñirse rigurosamente a la exposición de los argumentos abstractos, pretendiendo dejar al lector en condiciones de ir más lejos por sí mismo.

A cambio, se pidió a los autores que iniciaran sus textos con una pequeña reflexión sobre los condicionantes, metodológicos o documentales, a los que se enfrentaba la investigación en cada caso. Condicionantes que, así mismo, determinaban la orientación de sus trabajos.

Una petición se superpuso a la amplia libertad de acción propuesta: que la referencia directa a las fuentes disponibles (ya fue-

ran arqueológicas, epigráficas o textuales) fuera el núcleo fundamental de cada trabajo. La base documental debía quedar recogida y subrayada. De tal modo, —frente a la asumida heterogeneidad formal y estructural de los trabajos—, a la comunión de objetivos se unía la pretensión de máxima utilidad. Unos y otros artículos debían hacerse referencia útil para el posterior avance de las investigaciones, ya encauzaran su esfuerzo a la definición del tipo, ya a la exposición del estado de la cuestión necesario para acometerlo. De allí el subtítulo del libro: estudios y materiales.

Para subrayar el valor de uso del libro, se pidió además a los autores que seleccionaran una breve bibliografía sobre su tema, para ser añadida al final del volumen. Con el mismo objetivo, y en aras de la claridad, se optó por un sistema tradicional de cita en nota que permitiera a los participantes incluir en su redacción otras referencias, si así lo creyeran necesario, sin necesidad de duplicar o alargar las listas bibliográficas.

El libro se presenta así, en su conjunto, más cercano a una obra de investigadores para investigadores que a los libros que le sirvieron de inspiración. Pero quiere abrirse, como se apreciará en el tono de muchas de las contribuciones, a especialistas, y lectores en general, no necesariamente implicados en la investigación fenicia y púnica.

LOS TIPOS O FIGURAS

El elenco a estudiar incorporó en inicio algunos personajes habituales (e imprescindibles) en esta clase de obras, incluso si las dificultades de su construcción eran obvias: el sacerdote, el rey, el magistrado... En cuanto a los criterios de definición de los diferentes personajes, correspondía a los autores discutir en cada caso lo apropiado de las distinciones y su mejor delimitación dentro de la civilización fenicia y púnica (en la creencia, además, de que la combinación de las tipologías antiguas y modernas es, además de un sano ejercicio de aceptación de límites, un útil instrumento de indagación histó-

rica⁷). Por lo general, se ampliaba así el espectro personal recogido bajo cada epígrafe. En algunos casos, el título mismo lo acabó advirtiéndolo: más que de hombres con definición concreta, se hacía necesario hablar, más bien, de la relación de tales hombres con condicionantes fundamentales de su propia naturaleza (como la necesidad de alimentarse) o de su cultura (como p. ej. el protagonismo constante del mar o la guerra). Además, a tal punto, los criterios de definición no podían limitarse, como es obvio, a los meramente funcionales. Tampoco responder a definiciones excluyentes establecidas a un mismo nivel. Por ello, pronto se añadieron figuras que remitían a ámbitos imprescindibles: la mujer, el niño, el muerto... Con posterioridad, durante el desarrollo de los trabajos, se establecieron también algunas subdivisiones (respondiendo sobre todo a los condicionantes documentales). Se añadieron así mismo, según lo previsto, algunas contribuciones específicas (destinadas a cubrir aspectos especialmente relevantes del mundo fenicio y púnico).

LA ESTRUCTURA DE LA OBRA

Finalmente, las contribuciones se agruparon en grandes secciones. Aluden, *grosso modo*, a diferentes esferas culturales, con no más propósito que vertebrar mejor el volumen. Muchas de las contribuciones podrían, en verdad, situarse en varios de los apartados, o con propiedad en ninguno. Sin embargo, hacen el conjunto, o así se espera, más estructurado y manejable.

Abren la obra el rey y el magistrado, ambos buenas personificaciones del poder en la cultura fenicia y púnica (y en las múltiples divisiones en las que la base ciudadana ordenaba este poder: el rey fenicio, más aún los magistrados, es tan plural como lo fueron las ciudades fenicias). P. Xella se encarga del monarca, del que estudia sus prerrogativas y obligaciones junto a la ideología que las sos-

tenía. S. F. Bondì hace lo propio con el magistrado: al estudio de sus derechos y deberes, de su marco de actuación, añade el de su estatus. Señala, como anticipábamos, la extrema variedad de situaciones a afrontar. Las acomete mediante la consideración separada del Oriente fenicio y de su expansión occidental. Separación también dibujada con nitidez por Xella, enraizando con la vieja discusión sobre la monarquía occidental (que retomará, desde otra perspectiva, también V. Krings). Xella adelanta una idea de fondo: los colonos fenicios se dieron una ordenación de poderes, unos regímenes institucionales, más ágiles y adaptables que los que mantuvieron los fenicios en Oriente (donde, como señala Bondì, la monarquía condicionaba todas las relaciones de poder), pero no menos dirigidos al control del entero mecanismo que, como concluye Bondì, adquirió en Cartago la coherencia que mejor servía al número limitado de ciudadanos que gobernaban el sistema. El rey y/o el magistrado fenicio son así parte indisoluble de las sociedades fenicias en cualquiera de sus situaciones, pues son parte esencial del control de las relaciones de poder.

El capítulo de M. G. Amadasi Guzzo sobre el sacerdote, que sirve para representar una parte del universo religioso fenicio (esencialmente, el que corresponde a la esfera cultural) no podía quedar lejos de las contribuciones anteriores, como el lector apreciará al leer unas y otra: como nos recuerda Amadasi, el sacerdote por antonomasia, siguiendo una vieja tradición oriental, es el rey. Donde no lo hay, como en Cartago, las autoridades ciudadanas parecen ejercer también los máximos cargos sacerdotales. La esfera política y la religiosa se entrecruzan. De nuevo, buena parte del esfuerzo de Amadasi debe dedicarse a rastrear en las diversas fuentes los muchos y diversos sacerdotes que en el mundo fenicio y púnico formaban la clase ligada al culto. Funciones, organización, práctica, se presentan de forma desigual en las variadas situaciones tantas veces señala-

⁷ Cf. J. Le Goff (ed.), *El hombre medieval*, Madrid 1990 (1ª ed., *L'uomo medievale*, Roma - Bari 1987), pp. 23-24.

das. Y, sin embargo, concluye la autora, se observa una notable continuidad..

Tradicionalmente ligado a los círculos de poder, en el universo fenicio, tópicamente, no puede faltar quien domina la escritura. La extensión del uso del alfabeto, la ruptura del estricto elitismo de la clase letrada de finales de la Edad del Bronce, no implica, como nos presenta en su estudio C. Bonnet, que la figura del escriba no emerja de las fuentes como una realidad social característica (o como una serie de ellas, todas ligadas a la escritura). Del escriba presenta Bonnet su improbable pertenencia a una casta, pero también sus evidentes posibilidades de poder y prestigio; su aprendizaje intenso, pero potencial y relativamente breve; su especialización y jerarquización, pero también su vasto ámbito de competencia; en fin, su posible carácter formal, legalista, conservador, y su probable responsabilidad en la custodia no sólo de documentos y archivos, si no también de tradiciones... casi la personificación, o el agente privilegiado, de una buscada continuidad.

También características del mundo fenicio, y más propiamente del púnico, son las figuras del mercenario (S. Crouzet) y del caudillo guerrero (V. Krings), que junto al soldado (J. P. Vita) presentan las relaciones del hombre fenicio con la esfera de la guerra. Como nos cuenta Vita, la guerra era un estado familiar al hombre fenicio. Casi obligadamente, el estatus de soldado debió implicar periódicamente a una buena parte de la población ciudadana (mientras que sólo unos pocos engrosarían el núcleo mínimo de profesionales militares especializados). Nos muestra el autor cómo la escasa capacidad guerrera de las ciudades fenicias orientales no nace (como a veces se ha presentado) de ninguna idílica tendencia pacifista del hombre fenicio, tan belicoso, preparado para la guerra y capaz de atrocidades como cualquier otro pueblo de la antigüedad (y, en triste continuidad, del presente). El modo efectivo en el que llevaron la guerra al mar lo confirma. El recurso a los mercenarios incorporó a la civilización fenicia, especialmente en el occidente púnico (sobre el que se centra con preferencia la contribución de S.

Crouzet) una figura a la postre imprescindible. Una figura también multiforme pues, como nos explica la autora, si bien los mercenarios fueron una constante entre los púnicos, su origen varió mucho, y las fuentes (que, como subraya la autora, son mayoritariamente externas) variaron también en la forma de considerarlos. Crouzet nos describe el uso de los mercenarios en la cultura púnica, su variado reclutamiento, su preparación y, con singular importancia, su difícil integración (en una sociedad de la que, en cambio, formaban ya parte indisoluble). En relación cercana, se nos presenta el general, el caudillo guerrero, figura de primer orden entre los púnicos. V. Krings repasa sus posibles antecedentes y sus seguros exponentes, la transcendencia de los Bárquidas, la figura, a la vez única y emblemática, de Aníbal. La autora muestra en su trabajo cuánto de lo aceptado sobre casi cada uno de estos personajes, y sobre la figura en tanto que tal, depende de la construcción histórica, antigua y moderna, bajo la que resulta difícil vislumbrar el verdadero talante de los grandes jefes de la guerra cartagineses.

Después –en una sucesión que podría llevar de la producción y consumo de bienes básicos a los procesos de transformación y de intercambio– tres secciones agrupan, en cualquier caso, contribuciones variadas. En el apartado que hemos llamado “Los fenicios y el sustento” se recoge la contribución de S. Cecchini sobre el campesino, pero también la de L. Campanella sobre la alimentación de los hombres fenicios, íntimamente ligada a la precedente. S. Cecchini reparte también su mirada de forma independiente entre los fenicios de Oriente y los púnicos occidentales, de nuevo sobre todo no tanto por diferencias intrínsecas, si no por motivos documentales (para Cartago, aunque las fuentes básicas son, como para Oriente, exteriores, las noticias son mayores, y conceden además a los agrónomos cartagineses una atención y prestigio notable). La autora, que repasa también los condicionantes físicos del hábitat de fenicios y púnicos, señala en cualquier caso la preferencia de antiguos y modernos por la agricultura o sus productos antes que

por los protagonistas de la actividad (que debieron incluir figuras bien diferentes entre sí). Por ello, dada la necesidad de apoyarse abiertamente en la imaginación para acercarnos a aquellos protagonistas, la autora esgrime y no oculta este hecho haciendo uso de uno de los recursos posibles: la construcción de un relato, bello y sugerente, cuyo sostén documental se presenta además sólido y cercano. Por su parte L. Campanella, que se encarga de las básicas relaciones de subsistencia que unían al hombre con la materia de la que se alimentaba, señala la trascendencia del estudio del hombre como *homo edens*, dadas las complejas connotaciones que se esconden bajo los alimentos y las formas de consumirlos, también para el hombre fenicio. De entre las fuentes, que repasa y valora, presta especial atención a las proporcionadas por la arqueología, por la doble novedad de muchos hallazgos (recientes o redescubiertos como objeto de atención) y de los métodos con los que han sido estudiados (especialmente interesante es la información que la autora logra extraer de los recipientes cerámicos comunes). Concluye Campanella llamando la atención sobre el papel extraordinario interpretado por los fenicios en la difusión de algunos alimentos hoy considerados la base de la alimentación mediterránea y de alguna forma característica de cocinarlos, elementos culturales de primera importancia que muestran la larga y difusa extensión de alguna de sus esencias.

En el apartado dedicado a las artes y técnicas, el protagonismo corresponde al artesano (trabajo a cargo de M. Botto e I. Oggiano). De nuevo indican los autores el gran contraste existente entre nuestros conocimientos sobre la artesanía fenicia (sus productos, su extensión, su valor y fama) y nuestro desconocimiento de los hombres que la producían. Y de nuevo acometiendo de frente los muchos problemas documentales, Botto y Oggiano recurren a la comparación de lo percibido para la cultura fenicio-púnica con las mejor conocidas culturas con las que interactuaron fenicios y púnicos (dividido de nuevo en dos, a efectos prácticos, el ámbito de investigación). A través del aná-

lisis comparado de los sistemas productivos, se construye la figura del artesano, que otra vez nos esconde un abanico de personajes aplicados a diversas labores, de formas diversas, con diversa preparación, consideración y estatus. El estudio de los comitentes, de la organización del trabajo (en la que quizás se advierte cierta conciencia de clase), del papel (importantísimo) del artesano en la colonización occidental, en el mundo púnico (y hasta el estudio de la divinidad artesana *Kšr*), sirve a los autores para reflejar con su justa complejidad al artesano fenicio que se esconde en ella.

Una contribución específica, dedicada a la relación del hombre fenicio con la actividad metalúrgica, a cargo de A. González Prats y M. Renzi, queda justificada por la importancia de la obtención, trabajo, uso y comercio del metal en muchos periodos y ámbitos de la historia fenicia. Los autores nos proporcionan el conjunto de información necesario que añadir, para el caso específico de los implicados en la producción de metal y productos metálicos, a cuanto se había ya dicho sobre los artesanos fenicios.

De modo parecido, P. Bartoloni nos proporciona el material imprescindible para comprender los diferentes hombres fenicios que volcaban su vida al mar. La relación de los fenicios con el mar es presentada por el autor con especial dedicación a los saberes técnicos, por lo que de nuevo se erige en complemento necesario de los capítulos precedentes. Abre además la puerta al estudio de nuevas figuras, que se perciben bajo sus párrafos: el navegante, el marino especializado y emprendedor; el marinero, el técnico del mar; el pescador, algo así como el campesino de las aguas; el marino en la guerra, el guerrero en el mar; el gran armador o el constructor de naves, el artesano del mar...

El mercader, capítulo a cargo de M. E. Aubet, merece sección propia. No en vano es uno de los personajes más arquetípicamente emblemáticos de la civilización fenicia y púnica. La autora afronta los recurrentes problemas documentales (la escasez, la parcialidad, el condicionamiento) tomando en consideración las fuentes del Bronce Final –que

con frecuencia muestran a los comerciantes con altos niveles de poder e influencia— e integrándolas en las informaciones posteriores —que confirman de diversas maneras la posibilidad de tal estatus. Aubet muestra también la complejidad de una figura que, a nuestros ojos, podría parecer tanto un comerciante como un prestamista, tanto un empresario como un recaudador, tanto un político, como un diplomático o un probable espía. Además del estudio de las formas de organización de los comerciantes, especialmente interesante resulta el estudio de la autora sobre la actividad exterior del tipo. Emerge con claridad un hecho: el mercader o comerciante fenicio es la imagen del fenicio en el exterior y el protagonista fundamental de su primera interacción con los otros. No es extraño que Aubet dedique al decisivo papel del comerciante en las colonias occidentales la parte final de su trabajo.

El ámbito familiar queda representado por los artículos sobre la mujer de M. G. Lancellotti, y sobre el niño de M. C. Marín Ceballos. Lancellotti subraya cómo la escasez, heterogeneidad y parcialidad de la documentación disponible para el estudio de los miembros de la sociedad fenicia se exacerban en el caso de sus miembros femeninos, cuya existencia silenciosa tiende a quedar sin reflejo en las fuentes. Tanto es así que la autora exprime al máximo fuentes de variada naturaleza y procedencia para construir un cuadro que, comedido en lo hipotético, no resulta falsamente cerrado u orgánico. Nos deja advertir con claridad el importante papel social, económico e ideológico de las mujeres fenicias. También se advierte a lo largo del trabajo de la autora cómo a los condicionamientos ya conocidos, las fuentes superponen otros, en los que muchas veces pesa más el carácter femenino de la mujer fenicia que su propia «fenicidad». En cuanto al niño, M. C. Marín Ceballos repasa, de nuevo, el problema de la escasez de fuentes, en este caso igualmente doble y superpuesta: escasez habitual para el estudio del ámbito familiar y escasez general para el estudio del ámbito fenicio. También recurre al aprovechamiento combinado de fuentes: directas e indirectas,

arqueológicas y textuales o epigráficas, del II y del I milenio a. C., etc. La caracterización que del niño fenicio realiza la autora resulta, de paso, una interesante pintura de buena parte de lo que alcanzamos a saber de las relaciones familiares, o de la ideología y religión popular —donde la preocupación por la fecundidad y la salud tiene un esperado protagonismo.

Por su evidente importancia en innumerables aspectos de la sociedad y cultura de los pueblos de la época, y por tanto también de los fenicios, tiene también así mismo sección a parte el esclavo, de quien se ocupa A. Lemaire. En el esclavo parecen poco interesadas incluso las fuentes externas a la cultura fenicia (tantas veces las únicas disponibles), y entre los problemas metodológicos ya conocidos se hacen especialmente difíciles los de definición de la propia esclavitud. A pesar de ello, Lemaire construye lo que considera una presentación preliminar y provisional del esclavo fenicio, pero que permite ya conocer formas de dependencia, modos de entrada en ella, condiciones de vida, derechos... La vinculación de una parte relevante de la actividad comercial fenicia a la consecución y trata de esclavos no parece ser una simple tendenciosidad de las fuentes, como tampoco la importancia numérica de los esclavos en las ciudades fenicias orientales y, cómo no, en Cartago. Señala Lemaire cómo en el ambiente púnico los esclavos parecen tener un importante papel en el ejército, haciendo de la guerra ulterior fuente de prisioneros, pero también mecanismo de manumisiones (aunque no el único). El esclavo fenicio esconde una vez más muchos esclavos: públicos o privados, capturados o endeudados, trabajadores manuales o especializados, etc., sin que a pesar de todo parezca poder distinguirse un característico esclavo fenicio del omnipresente esclavo de la época.

En un apartado especial se estudian dos tipos básicos de relación de los fenicios con «los otros». Por un lado, M. F. Baslez estudia el emigrante, la figura del fenicio en tierra ajena. No del fenicio establecido lejos de su patria en una repetición —bien que especial—

de su propia cultura, como pudiera ser el caso del mundo colonial, sino el fenicio presente, integrado o no, en otra realidad cultural. La autora recalca la entidad de la «Diáspora» fenicia, por desgracia poco documentable de forma directa. El peso de la epigrafía en este contexto, y la singular importancia de las inscripciones fenicias (y no fenicias, pero hechas por fenicios) en contexto griego, dirigen a la autora a éste ámbito. En él encuentra comunidades e individuos que muestran su condición fenicia directa e indirectamente: incluso cuando el grado de aculturación se revela alto, cuando parece patente el uso vivo de hábitos griegos, de la misma lengua griega, el carácter fenicio se descubre sin esfuerzo: mantienen en realidad gran parte de sus costumbres y el uso de su propia lengua. Baslez va en cualquier caso más lejos, distinguiendo dos fases en la evolución de la condición y mentalidad del emigrante fenicio: una primera, en la que el emigrante se quiere temporal y reafirma su «fenicidad» en tierra extraña, en la que es protagonista de procesos de aculturación e integración elementales; una segunda, tardía, en la que la sedentarización da paso a formas de integración más intensas, en las que perviven sin embargo formas de agrupación, de cierta endogamia, de práctica religiosa común, de contacto con la metrópoli, que mantienen al emigrante ligado a su cultura de origen. Hasta época muy tardía, el emigrante fenicio era ante todo un hombre fenicio.

Como complemento, M. Almagro, A. Mederos y M. Torres se ocupan de algo cercano al extremo opuesto. Existen testimonios que permitirían tratar de forma independiente a los extranjeros presentes en las viejas metrópolis y territorios fenicios y púnicos (la contribución de S. Crouzet hace ya frente directo a abundantes fuentes al respecto), pero la parte del león de la interacción del fenicio con «el otro», el individuo clave a comprender en su cercanía y posible integración en el mundo fenicio, es “el indígena”, es decir, el habitante de los territorios en los que los fenicios se asentaron y con los que necesariamente entraron en relación intensa. Los autores se centran en el marco co-

lonial fenicio del Mediterráneo central y occidental, prefiriendo un estudio abstracto que resuelva la indudable variedad de tipos que, en este caso, ya hubieran debido ser, de otro modo, el punto de partida del estudio. Examinan así, por áreas, el problema de los primeros contactos, de la participación de los indígenas en los asentamientos coloniales (cuya presencia y estatus constituye un interesante objeto de estudio) o de su aculturación, campos todos ellos con fuerte debate actual. Del conjunto surge sin sorprender una diversidad de situaciones que, sin embargo, ayudan a comprender tanto a los variados hombres indígenas estudiados como a los no menos diversos hombres fenicios con los que trataron.

Por último, cedemos a la justificada tentación de cerrar el volumen con el capítulo dedicado a “el muerto”, a cargo de S. Ribichini, también con sección propia. Ribichini opta, siempre en la necesidad de vencer las dificultades metodológicas y documentales, por una aproximación original en la que el discurso directo, el lenguaje personal, pretende acercar y resaltar la mentalidad del hombre fenicio frente a la muerte. Como afirma el autor, la documentación (que distingue y destaca) justifica la elección, y el lector podrá apreciar el modo en que las variadas fuentes se integran en el discurso. Ribichini repasa así las ideas fenicias sobre el morir y el estar muerto, los hábitos funerarios, el cuidado del muerto y su tumba, las preocupaciones sobre el más allá. Desde el principio advierte el autor de la variedad de ritos y costumbres que se suceden o coexisten en la diversidad de tiempos y espacios. Y de la pluralidad de los «muertos fenicios» frente a la realidad unificadora de la muerte.

EL HOMBRE Y LOS HOMBRES

Al final, de la unión de trabajos seleccionados, de la sucesión de personajes considerados, de las diversas formas que se siguen de presentar las fuentes en busca de un tipo o un perfil, surgirá una visión de conjunto. A pesar del número y diversidad de las contri-

buciones, cada una a su vez bregando transversalmente con la multiplicidad escondida bajo su objetivo, surgirá inevitablemente una imagen del hombre fenicio. La misma consideración de su existencia, la aceptación de su cultura, el reconocimiento de su identidad definida –algo, como veíamos, reasumido por nuestra propia cultura desde hace al menos tres siglos– implica ya la asignación inconsciente de una antropología, de una caracterización humana, abstracta, literalmente ideal y por tanto limitada y condicionada. Tanto más condicionada cuanto que la misma consideración de lo fenicio en la propia antigüedad –consideración que heredamos, cubriendo parcialmente el vacío provocado por la discontinuidad histórica– resultaba tópica y mediatizada. Y difusa, o al menos dislocada frente al arquetipo externo, para los fenicios mismos, cuya «autorepresentación» nos es, de todas formas, todavía mal conocida. Tanto más limitada cuanto que lo fenicio se presenta, casi desde el comienzo de su definición como objeto de estudio histórico, especialmente plural. Reconocemos hombres fenicios (con nombre que les era ajeno) desde principios del I milenio a. C., si no antes. Tomando lo púnico como una manifestación particular de una misma identidad de conjunto, señalamos a sus sucesores como legítimos hasta bien entrada nuestra era. Consideramos a los que habitaban una estrecha franja costera del Levante mediterráneo (que otros llamaron Fenicia) tan fenicios como a los que vivían en las costas opuestas del mismo mar, e incluso más lejos, en las orillas atlánticas. Ante este panorama, tal imagen del hombre fenicio se diría ilegítima. No parece concebible la construcción de un hipotético y singular hombre fenicio, definido y monolítico, siempre igual a sí mismo, a lo largo y ancho del espacio y el tiempo considerados. Más bien parecería inevitable que, frente al abstracto «hombre fenicio» que da título al volumen, se impusieran los plurales «hombres fenicios» que titulan esta introducción, convencionalmente reunidos bajo un trabajado criterio externo.

Este problema, que ocupó no pocas páginas en las obras que sirven de inspiración a

este libro, parece exacerbarse en el caso fenicio-púnico hasta más allá de los propósitos de este volumen. Y, sin embargo, ni los problemas de definición de «lo fenicio», ni la cuestión siempre abierta de la propia o externa caracterización cultural (por otra parte, también mutable) han impedido la formación de una sólida realidad historiográfica (que, como veíamos, ha acabado por dar, incluso, una cierta identidad común a sus estudiosos). Quizás el modesto objetivo práctico de esta obra permita también comprender este hecho. En la medida en que somos capaces de reconocer caracteres culturales comunes en la pluralidad expuesta, la imagen singular del hombre fenicio, bien que abstracta o idealizada, representará la extensión y la profundidad de una antropología común, examinada en la riqueza y complejidad en la que evolucionaba. Como construcción unificadora, abstracta, nacida de la selección y el descarte, será ideal, limitada y parcial. A cambio será, al menos en parte, consciente. Como tal, esperamos que sea fructífera. Puesto que es construida a través de la pluralidad de tipos expuesta, mediante aproximaciones diversas y con constantes salvedades, deseamos que sea, además, rica y compleja. Esperamos que resulte al lector, en definitiva, útil e instructiva, y que del mejor conocimiento de los fenicios, hombres ante todo, nazca una mejor comprensión del hombre que somos.

LOS AGRADECIMIENTOS

Los autores han hecho frente, desde la libertad de sus diferentes puntos de vista, a los numerosos problemas generales ya expuestos y a no menos problemas particulares que el lector descubrirá en cada caso. Su esfuerzo debe ser agradecido desde el comienzo, tanto más cuanto que a la dificultad del trabajo se añadía el habitual apremio de plazos de las obras colectivas, aún más estricto en este caso por razones editoriales. Vaya para ellos, por tanto, el primero de los agradecimientos. También para aquellos especialistas que, en un momento u otro del desarrollo del traba-

jo, ayudaron generosamente a su progreso, independientemente de si se encargaban o no de alguno de los capítulos del libro.

Un agradecimiento especial va dedicado a los compañeros del que fuera *Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica* «*Sabatino Moscati*», con su último director, P. Bartoloni, al frente. El autor de estas líneas debe agradecerles, además de su ayuda en la elaboración del libro, las facilidades dadas para el desarrollo general de sus investigaciones en Italia. Sirva también esta obra como muestra de agradecimiento por tres años de grato y fructífero trabajo. El prof. Paolo Xella se encargó de guiarlo. Tampoco esta obra hubiera podido ser llevada a término sin su ayuda e ideas, desde el nacimiento mismo del proyecto. Su responsabilidad no se extiende, por supuesto, a mis errores, entre los que no figura reconocer aquí una deuda de gratitud que va mucho más allá del simple trabajo.

Por último, cumple agradecer a la *Escuela Española de Historia y Arqueología en Ro-*

ma (CSIC) la iniciativa de este libro y el apoyo para llevarlo a cabo. De nuevo, los motivos de agradecimiento a los miembros de la escuela, con su director, el prof. Manuel Espadas, a la cabeza, incluyen el apoyo y colaboración en los años de investigación en Roma del que esto escribe. Mención especial debe hacerse a Xavier Dupré, vicedirector y responsable de la investigación arqueológica de la *Escuela*. A él, que colaboró activamente en la organización de los encuentros y seminarios celebrados en la *Escuela* sobre el mundo fenicio y púnico⁸, se debe también la idea de dedicar este volumen de la serie arqueológica a la investigación sobre este campo. A él agradezco así mismo la confianza de habérmelo encomendado. Que tal estímulo de los estudios fenicios y púnicos pueda continuar, y que la cooperación entre investigadores españoles, italianos y de cualquier otra nacionalidad pueda encontrar siempre en la *Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma* un buen apoyo.

⁸ Cf. ahora la reciente publicación de las Actas del Seminario *Epigrafia e Religione: Dal documento epigrafico al problema storico-religioso* en SEL 20 (2003) (= *Epigrafia e storia delle religioni*, Verona 2003).